

# Una cultura independiente

Por Angel Rama

El año nueve los pequeños granos de una gran cosecha. No es de ahora; ya hemos registrado su aparición en años anteriores; comprobamos la persistencia y el nuevo desarrollo, más difícil, en este transcurso de años en que se agudizan las condiciones de la vida institucional del país, en que se agudiza su crisis político-económica, lo que en el orden del espíritu se traduce por la acentuación del marxismo y el intento de ahogar la libre expresión del pensamiento, en esa misma medida y en esa misma lucha, se robustece el funcionamiento de la "inteligencia" que intenta echar las bases de una cultura independiente. Ella se caracteriza, hoy, por un esfuerzo de autocrítica, de análisis de una realidad nacional —quizás con una óptica demasiado restricta— y por una progresiva convicción de la necesidad de una ampliación popular de sus cometidos.

Son muy visibles los intentos regresivos que dominan la vida intelectual del país, fomentados por hombres de gobierno y por prensa de gobierno, pero su virulencia va de lo mismo con el primario de sus enfoques; extraen su fuerza de la falta de inteligencia que los distingue. Nada de esto el egumismo guió que durante años humillaron correspondía a la haritura; el día en que ella comienza a ser disputada asoma la áspera realidad sobre la que se sustentaban. Se comprueba mejor el conformismo básico de su concepción cultural, el candor inerente de sus modelos estéticos, la fragilidad engañadora de sus nutriciones culturales. Y son ellos mismos los que comienzan por reconocernos cuando ven amenazadas las escondidas fuentes de su situación, la infra-estructura económica sobre la que apoyaban esos castillos de naipes.

El sólo hecho de que nuestro país y nuestros intelectuales, hayan empezado a reconocer la correlación estrecha entre una estructura cultural y una organización socio-económica, en lo que se sustenta —estamos de acuerdo en que se trata de convicciones elementales para pasar del planteo teórico a la comprobación directa, real, es mucho — puede estimarse como uno de las conquistas mayores del año. Ha sido posible en la medida en que las fuerzas regresivas tiraron por debajo las concepciones de una moderna vida democrática, en la medida en que los intelectuales han experimentado el ahogo de este progresivo subdesarrollo económico.

La "inteligencia" que en los últimos cinco años se han recuperado arduamente a una participación activa en la problemática de la sociedad —piénsese en lo que escribía y en lo que ahora escriben los intelectuales burcos— está empeñada en una operación de examen de su mundo, sus en una primera instancia, es examen de la realidad del país, pero que seguramente ascenderá a la discusión de las ideas y de los problemas más amplios de la organización social. A lo largo de este año, los libros de Carlos Real de Azúa, Vivian Trías, Ares Pons, Eliseo Salvador Porta, son los que han conquistado el mayor cantidad de lectores, al menos los más fervorosos e inquietos, los que pertenecen a esa media burguesía ilustrada que ha comenzado por manifestar su replomiento con la estructura clasista, y en la que hay que depositar la mayor esperanza intelectual. Son los mismos que han asegurado el éxito de los numerosos libros referentes a los procesos latinoamericanos —en especial cubanos— los cursos libres de sociología y las publicaciones intelectuales.

Se trata de una tarea de análisis que interesa al pasado para comprender mejor este presente, y que se esfuerza por deslindar realidades buscando las ideas-fuerzas capaces de interpretar y transformar la sociedad actual. Es, por lo tanto, obra de estudiosos y de críticos cuando no de hombres de acción —que participan igualmente de la vida intelectual. Otros problemas distintos plantea el campo de la creación: por diversas razones —su mayor complejidad, su más lenta absorción de los transformamientos en un plano estético, el normal retraso en llegar al libro editado las creaciones— no se mueve a la par de aquellos exámenes críticos. Tiene además corrientes propias para expresarse

su actual inquietud como podría observarse —usamos de un ejemplo en la creación poética de un nuevo, Schinka.

A aquellas tres generaciones —900, centenario, 45— que alguna vez observamos en funcionamiento entrecruzado, ahora corresponde —los años pasan— la acción dinámica de la última, más una novísima que este año dio la cara con decisión. En cuanto al 900, un homenaje a Vasquez tuvo sobre todo el aspecto de una exhumación, y la llamada generación del Centenario más íntima se limitó a la celebración de sus viejos fastos, con el apoyo respectivo del país. Así, el año se abrió con la publicación de los Cuentos completos de Francisco Espíndola —quien se anuncia como candidato al Premio Nacional de Literatura— por parte de la Universidad que, además, presentó un antología de Juan José Morcotei prologado por Viera. A ellos siguió la reedición de Isla Petralla como homenaje a su autor, Pedro Ledesma Iribarren; la sucesiva edición de Tacurusa de Sarafín J. García; la recopilación de la obra de Bañes en La Frontera (que todavía no llegó a librerías) y se cierra el período con la obra poética completa de Carlos Rodríguez Pinillos —Campeón—. Pasaron sin embargo algunos homenajes —como el rendido a Sabat Ercey —o el ingreso de Esther de Céspedes a la Academia, para completar estos fastos. En total presentamos balances de actividad pasada, reediciones, homenajes. No ha habido, entre estos creadores, nueva aportación que correspondía al año, y el hecho, que podría ser simplemente un avar, también puede marcarse como un progresivo apatamiento. Hay casos en que nos consta la existencia de una actividad constante que todavía no ha visto en la luz pública, pero en la mayoría de ellos se trata de una prolongación, con similar calidad, de lo ya creado y afirmado en el campo artístico.

La dinámica cultural ha estado a cargo —no sólo en esa agitación exterior de conferencias, mesas redondas, debates, generosa colaboración de integrantes de la llamada generación del 45 (alguna vez habrá que revisar en detalle esta lista que ha bastado antojadita) de la cual ofrecieron obra de creación, entre otros, Mario Benítez, Amanda Hierzegger, Julio De Rosa, Carlos Magdi, Carlos Martínez Morcotei, a los que pueden agregarse los mayores en poesía (Juan Curbal) y prosa (Juan C. Onetti). Junto a ellos han ofrecido primeros libros, Mario Carlos Somma, Milton Schinka, Mauricio Rosenof, Mario Fernández, y otros ya editos, como Saul Ibarigoy, Cecilio Peña, Ariel Méndez. Todos estos, tanto por su edición como por características de su arte y a pesar de los índices transformadores que acusaban, pueden agruparse al desarrollo de la generación anterior que, históricamente, integran en una nueva promoción.

Estos creadores —la lista no es, desde luego, exhaustiva— tienen en sus manos la cultura del país. La responsabilidad es grande y para su cumplimiento también la atención que dispensan a su situación histórica, colocados en un cambio profundo del rostro nacional. Como hombres y ciudadanos, la mayoría concurre a una militancia comprometida con su medio, pero su arte va, desde la posición vanguardista, desengañados, de una novela tan

generacional dinámica; son hombres de este tiempo, participan de la patria espiritual que es el mediano siglo XXI en la misma medida que de la realidad concreta en que se mueven.

Ampliar la comunicación con el mundo ha sido uno de sus propósitos mayores y el camino se ha ido desmenuzando mediante ferias, editando entusiastas, algún plan que ha resultado eficaz como los préstamos del República, cooperativas aunque sin conseguir salir de un pequeño público ilustrado que determina las condiciones del producto. Es la tarea básica del movimiento, dijimos alguna vez, la de establecer el funcionamiento de una literatura; pero hoy, con la agudización de las precarias condiciones de nuestra vida intelectual, es lo primero mantener la vida y la independencia de esta creación, a la que encontramos demasiado íntima, demasiado desprovista ideológicamente.

Existe en el país, en plena actividad un movimiento intelectual que quiere mirar con claridad la complejidad de su mundo, animándolo creativamente con el arte y el pensamiento. Era consciente simple es suficiente para saber que la regresión, la retirada y la frialdad que mueve el oficialismo, están condenados a corto plazo. No será fácil, pero sí.